

• TRANSICIONES •

Victor Alejandro Espinoza Valle



Política aldeana

Es lugar común afirmar que vivimos en una era caracterizada por la globalización. Apenas existe estudio que no planteé esta situación como el nuevo marco de entendimiento de todos los procesos que vivimos como país. Quizás esto ocurra con mayor claridad en el terreno del análisis económico, pero otras perspectivas disciplinarias tampoco escapan a este referente. Sin embargo, hay quien ve en la globalización un *continuum* claro hacia la integración entre naciones y personas. Ahí es donde debemos poner atención; parece ser que hay áreas de la actividad humana que resisten cualquier forma de contaminación o de transformación tendiente a su integración o asimilación. El ámbito de resistencias se encuentra directamente relacionado con los fenómenos religiosos y étnicos. Los acontecimientos del 11 de septiembre han sido un trágico llamado de atención a las ideas occidentales de que no había más sistema que las democracias liberales y que las únicas religiones válidas eran las cristianas.

Así como hay frenos históricos a los procesos de integración, la globalización no necesariamente se ha traducido en cosmopolitismo. Los avances tecnológicos, de manera destacada la televisión e internet, han supuesto la primacía de la imagen sobre el entendimiento; ello ha creado al *homo videns*, incapaz de llevar a cabo procesos de abstracción y conceptualización por la atrofia que le ha producido su actitud pasiva ante el acto de ver una pantalla. Pero en términos sociales, la televisión aldeaniza la visión del mundo y, por supuesto, de la política. En 1997 se publicó un libro crítico y sugerente del profesor de la Universidad de Columbia, Giovanni Sartori. La versión en español apareció un año después en la editorial española Taurus, bajo el título de *Homo videns. La sociedad teledirigida*. El profesor italiano, utilizando una famosa fórmula acuñada en los años 60, la "aldea global" de Marshall McLuhan, sostiene que lo que en realidad ha sucedido con la hegemonía de la imagen ha sido una fragmentación de la gran aldea: "La televisión fragmenta el mundo en una miríada de aldeas reduciéndolo, a la vez, a formato aldea. La televisión aldeaniza, y no es una metáfora. El mundo visto en imágenes es necesariamente un mundo de primeros planos: Algunas caras, un grupo, una calle, una casa. Por tanto, la unidad foto-aprehensible es, al máximo, la aldea, el conglomerado humano mínimo".

La televisión privilegia lo que se ve, lo que no sale en una toma no existe. Las imágenes realmente existentes son aquellas que la cámara capta; por eso sabemos más de aquellos pueblos y países que posibilitan el acceso a su territorio. Y como lo que se ve es lo que existe, de lo único que le es dable opinar al ciudadano es sobre lo que ha "salido en la tele". Los países autoritarios o dictatoriales impiden el paso a los periodistas, así sabemos casi nada de lo que sucede dentro. Antes del 11 de septiembre poco o nada sabíamos sobre Afganistán o bin Laden. La televisión lo convirtió en el terrorista más buscado del orbe. Aparte de las limitaciones de tipo político, la televisión enfrenta el problema de los costos: El desplazamiento es muy oneroso aunque se consigan siempre patrocinadores dispuestos a invertir en cualquier aventura que pueda convertirse en imagen. Los noticieros televisivos se vuelven cada vez más nacionales y, sobre todo, más locales. Esta tendencia es más acentuada en países como Estados Unidos, donde no existen programas de noticias de cobertura nacional, salvo los internacionales de World News, que según las estadísticas ven cada vez menos personas y de mayor edad. Así, es tan común que la nota del día sea sobre la enfermedad de algún animalillo del zoológico de la localidad o sobre la corretiza a un delincuente en un freeway, o ya de plano se abordan las tribulaciones pasionales de algún personaje desconocido. El profesor Sartori se pregunta: "¿Cuáles son las culpas de la televisión en el aumento del localismo? Aunque este desarrollo depende de múltiples factores, uno de ellos, y seguramente de peso, es que la televisión tiende a concentrarse en noticieros locales". La única vacuna posible contra el deterioro de la capacidad de entendimiento y raciocinio, para reconocer lo que somos en el mundo, se encuentra en la cultura impresa: Los buenos periódicos y, sobre todo los libros, que pueden complementarse con la radio de calidad.